Edith Wharton

Estío

Traducción de José Luis López Muñoz

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Summer*

Primera edición: mayo de 2026

Ilustración y diseño de cubierta: Tatiana Boyko

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-259-7
Depósito legal: M. 3182-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

I

Al salir de casa del abogado Royall, situada al final de la única calle de North Dormer, la joven se detuvo en el umbral.

Era la primera hora de la tarde de un día de junio. El transparente cielo primaveral depositaba una lluvia de luz plateada sobre los tejados del pueblo y sobre los pastizales y los bosques de alerces que lo rodeaban. Una ligera brisa corría entre las blancas nubes redondas en lo más alto de las laderas de las colinas, llevando sus sombras a través de los campos y del camino en el que, entre las rodadas, crecía la hierba, y que recibía el nombre de calle al pasar por North Dormer. La población se halla en alto, está abierta a todos los vientos y carece de la abundante sombra de que disfrutan los pueblos más protegidos de Nueva Inglaterra. El grupo de sauces llorones junto al estanque de los patos, y los abetos delante del portón de los Hatchard, proporcionan casi las únicas sombras entre la casa del abogado Royall y el punto en el que, al otro extremo del pueblo, la carretera se alza por encima de la iglesia y bordea el negro seto de plantas de cicuta en torno al cementerio.

La brisa de junio, jugueteando por la calle, sacudió las melancólicas hileras de los abetos de los Hatchard, se apoderó del sombrero de paja de un joven que pa-

saba por debajo y se lo llevó sin miramientos hasta el otro lado de la calle para arrojarlo al estanque de los patos.

Cuando el joven echó a correr para recuperarlo, la muchacha que se había parado en el umbral de la casa del abogado Royall se dio cuenta de que se trataba de un forastero, vestido con ropa de ciudad, y de que se reía a mandíbula batiente, como suele suceder con las personas jóvenes y despreocupadas ante semejantes contratiempos.

A ella se le encogió un poco el corazón, y la cobardía que a veces la asaltaba cuando veía a personas con aire festivo hizo que volviera a entrar en la casa y fingiese buscar la llave que, como sabía de sobra, llevaba en el bolsillo. Un estrecho espejo verdoso que tenía encima un águila dorada colgaba de la pared del pasillo, y la muchacha contempló, desaprobadora, su imagen, para desear, por millonésima vez, tener unos ojos azules como los de Annabel Balch, la joven que a veces venía desde Springfield para pasar una semana con la anciana señorita Hatchard; a continuación –para protegerse de los rayos del sol– se enderezó el sombrero que cubría su tez morena y volvió a salir al exterior.

–¡Qué poco me gusta vivir aquí! –murmuró.

El propietario del sombrero de paja había entrado ya en el jardín de los Hatchard, por lo que ella disponía ya de toda la calle. North Dormer es un lugar vacío a todas horas, y a las tres de una tarde de junio los pocos varones que disfrutaban de buena salud estaban en el campo o en los bosques y las mujeres no salían de sus casas, ocupadas en monótonas tareas domésticas.

La joven echó a andar, meciendo la llave que le colgaba de un dedo, y mirando en torno suyo con la atención agudizada por la presencia de un desconocido en un sitio familiar. ¿Qué aspecto tendría North Dormer –se preguntó– para personas de otras partes del mundo? Ella vivía allí desde los cinco años, y siempre había supuesto que era un lugar de cierta importancia. Pero unos doce meses antes, más o menos, el reverendo Miles, el nuevo pastor episcopaliano de Hepburn, que cada dos domingos acudía a North Dormer –cuando los caminos no estaban impracticables por el transporte de troncos– para celebrar los correspondientes servicios en la iglesia local, había propuesto, en un ataque de celo misionero, llevar a la juventud local a Nettleton para asistir a una conferencia sobre Tierra Santa con proyección de imágenes; y en consecuencia se había amontonado en un carro a la docena de jóvenes de ambos sexos que representaban el futuro de North Dormer para conducirlos, por encima de las colinas, hasta Hepburn y, una vez allí, subirlos en un tren ómnibus que los llevó hasta Nettleton.

En el transcurso de aquel día increíble, Charity Royall conoció, por primera y única vez, los viajes en ferrocarril, vio tiendas con grandes escaparates, probó la tarta de coco, asistió a una función teatral y escuchó a un caballero que decía cosas ininteligibles delante de cuadros con cuya contemplación podría haber disfrutado si sus explicaciones no le hubiesen impedido entenderlos. Aquella iniciación le había servido para descubrir que North Dormer era un sitio pequeño y para despertar en ella una sed de conocimientos que su trabajo como encargada de la biblioteca del pueblo no había conseguido estimular anteriormente. Du-

rante un mes o dos había hojeado de manera febril y desordenada los polvorientos volúmenes de la biblioteca Hatchard; luego la impresión causada por Nettleton había empezado a desvanecerse y Charity encontró más fácil adoptar de nuevo a North Dormer como medida del universo que seguir leyendo.

La presencia del forastero reavivó una vez más los recuerdos de Nettleton, y North Dormer quedó reducido a su tamaño real. Al recorrerlo con la vista de arriba abajo, desde la descolorida casa roja del abogado Royall en un extremo hasta la iglesia blanca en el otro, le tomó la medida sin piedad alguna. Allí estaba, un pueblo entre colinas, quemado por el sol y las inclemencias del tiempo, abandonado por los seres humanos, olvidado del ferrocarril, del tranvía, del telégrafo y de todas las fuerzas del progreso que enlazan vidas entre sí en las comunidades modernas. Carecía de tiendas, de teatros, no se daban conferencias, no existía actividad económica, sólo una iglesia que se abría cada dos domingos si el estado de los caminos lo permitía y una biblioteca para la que no se habían comprado libros nuevos desde hacía veinte años y donde los viejos enmohecían, tranquilos, en las húmedas estanterías. A Charity Royall, sin embargo, se le había dicho desde siempre que debía considerar un privilegio vivir en North Dormer. Sabía que, comparado con el lugar de donde procedía, su actual residencia le proporcionaba las ventajas de la civilización más refinada. Todos los habitantes del pueblo se lo habían dicho desde que se la llevó allí de niña. Se lo había dicho incluso la anciana señorita Hatchard en una terrible ocasión: «Hija mía, nunca olvides que fue el abogado Royall quien te trajo de la Montaña».

La habían «traído de la Montaña»; de las rugosas escarpaduras que alzaban sus hoscas paredes por encima de las modestas laderas de Eagle Range, creando un perpetuo marco de melancolía al valle solitario. La Montaña quedaba a más de veinte kilómetros, pero se alzaba de manera tan abrupta sobre las colinas inferiores que casi parecía alcanzar North Dormer con su sombra. Y era como un gran imán que atraía las nubes y luego las esparcía, tormentosas, por la totalidad del valle. Si alguna vez, en el inmaculado cielo azul del verano, se arrastraba un hilo de vapor sobre North Dormer, derivaba hacia la Montaña como un barco es atraído por un remolino, y quedaba apresado entre las rocas para dividirse y multiplicarse y regresar sobre el pueblo convertido en lluvia y oscuridad.

Charity no tenía ideas muy claras sobre la Montaña; pero sabía que era un sitio malo, y vergonzoso como lugar de nacimiento y que, le sucediera lo que le sucediese en North Dormer, debía recordar –tal como la señorita Hatchard se lo había advertido en una ocasión– que a ella la habían traído de allí, y que le correspondía callarse la boca y mostrarse agradecida. Alzó la vista a la Montaña, pensando en todo aquello, y trató, como de costumbre, de sentir gratitud. Pero la presencia del joven que había cruzado el portón de la señorita Hatchard le trajo el recuerdo de las resplandecientes calles de Nettleton, por lo que se avergonzó de su vieja pamela, se supo harta de North Dormer y celosamente consciente de Annabel Balch, de Springfield, a la que imaginó abriendo sus ojos, tan azules, en algún lugar remoto para contemplar esplendores muy por encima de los de Nettleton.

–¡Qué poco me gusta vivir aquí! –repitió.

A mitad de camino, calle adelante, se detuvo ante la puerta de una cerca con bisagras en mal estado. Después de cruzarla siguió andando por un camino de ladrillo hasta un extraño templo, también de ladrillo, con blancas columnas de madera que sostenían un frontón en el que, con letras doradas pero ya sin brillo, estaba grabado: «Biblioteca fundada en memoria de Honorius Hatchard, 1832».

Honorius Hatchard era tío abuelo de la anciana señorita Hatchard; aunque sin duda ella le habría dado la vuelta a la frase para destacar, como único motivo de distinción para su antepasado, que ella era su sobrina nieta. Honorius Hatchard, sin embargo, había disfrutado, en los primeros años del siglo XIX, de cierta celebridad modesta. Tal como la lápida de mármol en el interior de la biblioteca informaba a sus infrecuentes visitantes, estaba en posesión de un notable talento literario, era autor de una colección de ensayos publicada con el título de *El recluso de Eagle Range*, y fue amigo de Washington Irving y del poeta Fitz-Greene Halleck, pero murió en la flor de la edad a causa de unas fiebres contraídas en Italia. Se trataba del único lazo entre North Dormer y la literatura, lazo piadosamente conmemorado mediante la construcción del edificio donde, todos los martes y jueves por la tarde, Charity Royall se sentaba ante su escritorio, debajo de un grabado en acero, lleno de manchitas, que representaba al autor fallecido, y se preguntaba si él, en su tumba, se sentiría más muerto que ella en la biblioteca que le estaba dedicada.

Al entrar con paso desganado en su cárcel de dos tardes por semana, Charity se quitó el sombrero, lo colgó del busto en escayola de Minerva, abrió las contraventanas, se asomó para ver si había algún huevo

en el nido de golondrinas encima de una de las ventanas y finalmente se sentó detrás del escritorio, del que sacó un rollo de encaje de algodón y una aguja de hacer ganchillo. No era una trabajadora experta y le había llevado muchas semanas tejer el medio metro de la estrecha tira de encaje que mantenía enrollada en el lomo de la encuadernación en tela de un ejemplar ya desintegrado de *The Lamplighter**. Pero no había otra manera de conseguir unos encajes con que adornar su blusa de verano y, desde que Ally Hawes, la chica más pobre del pueblo, se había presentado en la iglesia con envidiables transparencias alrededor de los hombros, la aguja de Charity había empezado a moverse más deprisa. Desenrolló la cinta, buscó la última puntada y se inclinó sobre su labor con el ceño fruncido.

De repente se abrió la puerta y antes de que hubiera alzado los ojos supo que había entrado en la biblioteca el joven al que había visto en el jardín de los Hatchard.

Sin darse por enterado de su presencia, el recién llegado empezó a recorrer despacio, las manos a la espalda, la larga habitación, semejante a una cripta, mientras miraba, arriba y abajo, con aire de miope, las hileras de volúmenes añejos. A la larga alcanzó el escritorio y se detuvo delante de la bibliotecaria.

–¿Tienen ustedes un catálogo alfabético? –preguntó con voz agradable, aunque abrupta; y lo raro de la pregunta hizo que a Charity se le cayera la labor.

–¿Un *qué?*

* *The Lamplighter* [El farolero], novela sentimental escrita por Maria Susanna Cummins (1827-1866), escritora estadounidense nacida en Salem, Massachusetts, que se publicó en 1854 y consiguió un gran éxito de ventas. *(N. del T.)*

–Bueno, ya sabe… –El visitante se interrumpió y la muchacha se dio cuenta de que la estaba mirando por primera vez, porque al parecer, al entrar y debido a su miopía, la había considerado, en su inspección general, parte del mobiliario.

El hecho de que, al descubrirla, perdiera el hilo de su discurso, no le pasó inadvertido, por lo que bajó los ojos y sonrió. También él sonrió.

–No; supongo que ignora de qué se trata –se corrigió–. De hecho casi sería una pena…

A Charity le pareció detectar cierta condescendencia en su tono, y preguntó con dureza:

–¿Por qué?

–Porque es mucho más agradable, en una biblioteca pequeña como ésta, husmear uno mismo… con la ayuda de la bibliotecaria.

Añadió la última frase de manera tan respetuosa que Charity, aplacada, le respondió con un suspiro:

–Me parece que no voy a poder ayudarle mucho…

–¿Por qué? –le preguntó él a su vez, y ella replicó que, de todos modos, no había muchos libros y que, además, ella había leído muy pocos.

–Los gusanos se los están comiendo –añadió con pesimismo.

–¿En serio? Es una lástima porque hay algunos libros buenos. –Dio la sensación de haber perdido interés en el diálogo, y se alejó de nuevo, olvidado de ella al parecer. Su indiferencia irritó a Charity, que volvió a su labor de ganchillo, decidida a no ofrecerle la menor ayuda. Por lo visto tampoco la necesitaba, porque estuvo mucho tiempo dándole la espalda y bajando, uno tras otro, los altos volúmenes telarañosos de una estantería lejana.

–¡Vaya! –exclamó el desconocido; al alzar los ojos, Charity vio que había sacado su pañuelo y estaba limpiando cuidadosamente el libro que tenía entre las manos. Su iniciativa le pareció una crítica injustificada de su cuidado de los libros, por lo que exclamó, malhumorada:

–¡No es culpa mía si están sucios!

El joven se volvió y la miró con renovado interés.

–¡Ah! ¿Entonces no es usted la bibliotecaria?

–Claro que lo soy; pero no puedo quitar el polvo a todos esos libros. Además, nadie los utiliza desde que la señorita Hatchard apenas puede andar y no viene nunca.

–No, claro. Supongo que no. –Dejó el libro que había estado limpiando y se quedó mirándola en silencio. Charity se preguntó si la señorita Hatchard lo habría enviado para informarse sobre cómo atendía la biblioteca y aquella sospecha aumentó su resentimiento.

–Le he visto entrar en su casa hace un momento, ¿no es cierto? –preguntó, con la habitual tendencia de Nueva Inglaterra a evitar los nombres propios. Estaba decidida a descubrir por qué fisgoneaba entre sus libros.

–¿En la casa de la señorita Hatchard? Sí… es mi prima y es ahí donde me alojo –respondió el joven, añadiendo, como para contrarrestar una visible desconfianza–: Me llamo Harney… Lucius Harney. Quizás le haya hablado de mí.

–No; no me ha hablado de usted –respondió Charity, aunque le hubiera gustado poder decir lo contrario.

–Ah, bueno… –dijo el primo de la señorita Hatchard al tiempo que se reía; y después de otra pausa, durante la cual a Charity se le ocurrió que su respuesta no había

sido muy alentadora, el joven añadió–: No parece que se interesen ustedes mucho por la arquitectura.

Su desconcierto fue completo: cuanto más se esforzaba por tratar de entenderlo, más ininteligibles le resultaban sus observaciones. Le recordaba al caballero que les había «explicado» los cuadros de Nettleton, y el peso de su propia ignorancia le cayó de nuevo encima como un paño mortuorio.

–Quiero decir que no veo que haya aquí ningún libro sobre las casas más antiguas de la zona. Imagino que tiene su explicación y es que esta parte del país no se ha explorado mucho. Todo el mundo se sigue ocupando de Plymouth y de Salem. Una perfecta estupidez. La casa de mi prima, por ejemplo, es notable. Este sitio dispone sin duda de un pasado…, tuvo que ser más importante en otro tiempo. –Se detuvo en seco, con el rubor de un tímido que de pronto se oye hablar y teme haber sido demasiado locuaz–. Soy arquitecto ¿sabe? y ando buscando casas viejas por estos alrededores.

Charity se le quedó mirando.

–¿Casas viejas? Todo es viejo en North Dormer, ¿no le parece? La gente para empezar, en cualquier caso.

El otro se echó a reír y se alejó de nuevo.

–¿No tienen ninguna historia de la zona? Creo que se escribió una hacia 1840: un libro o un folleto sobre el primer asentamiento –dijo desde el extremo más alejado de la sala.

Charity se apretó los labios con el extremo de la aguja para hacer ganchillo y meditó. Sabía de la existencia de una obra así: *North Dormer y los primeros municipios de Eagle County.* Lo miraba con malos ojos porque era un libro flexible y blando que estaba siempre cayéndose de la estantería o se escurría hacia atrás y

desaparecía si se le apretaba entre otros volúmenes para que lo sostuvieran. Se acordaba de que la última vez que lo había tenido en las manos se había preguntado cómo era posible que alguien se hubiera tomado la molestia de escribir un libro sobre North Dormer y sus pueblos vecinos: Dormer, Hamblin, Creston y Creston River. Los conocía todos, simples caseríos entre los pliegues de crestas desoladas: Dormer, donde los habitantes de North Dormer iban a por manzanas; Creston River, donde hubo en otro tiempo una fábrica de papel, y sólo sobrevivían sus grises ruinas junto al río; y Hamblin, que recibía siempre las primeras nieves. Tales eran sus timbres de gloria.

Se puso en pie y empezó a moverse de manera imprecisa por delante de las estanterías. Pero no tenía la menor idea de dónde había puesto aquel libro la última vez, y algo le dijo que iba a jugarle su habitual mala pasada y que seguiría invisible. No era aquél uno de sus días de suerte.

–Imagino que está en algún sitio –dijo para demostrar su celo; pero habló sin convencimiento y sintió que se notaba en sus palabras.

–Ah, bueno –dijo una vez más el arquitecto. Charity se dio cuenta de que el visitante de la biblioteca se estaba marchando y deseó más que nunca encontrar el libro.

–Será para la próxima vez –prosiguió Lucius Harney; y apoderándose del volumen que había dejado sobre el escritorio se lo entregó–. Por cierto, un poco de aire y de sol le vendrá bien a éste; es un ejemplar bastante valioso.

Y con una sonrisa y una inclinación de cabeza salió de la biblioteca.